

Pilar Cernuda

# No sabes nada de mí

Quiénes son las espías españolas

la esfera  de los libros

# Índice

Prólogo .....	9
1. Las pioneras .....	19
2. La aristócrata americana y la gallega que fue espía por amor .....	33
3. La guerra de Marruecos... y mucho más .....	39
4. «María» .....	45
5. Mujeres en un mundo de hombres .....	53
6. Señor profesor .....	65
7. La primera gran jefa .....	73
8. Los desafíos .....	89
9. El hacha y la serpiente .....	101
10. Confidentes, infiltrados... ¿también infiltradas? ....	117
11. Elena Sánchez, la tercera gran jefa .....	127
12. La «contra» .....	135
13. Vidas privadas .....	145
14. El vestido de novia .....	155
15. Paz Esteban, la quinta gran jefa .....	165
16. Armas de mujer .....	171

17. ¡Que vienen los rusos! .....	181
18. Los cambios tecnológicos y la ciberseguridad .....	193
19. Las cosas de fuera .....	203
20. La forense .....	215
21. <i>Allahu Akbar</i> .....	223
Epílogo en primera persona .....	237
Anexo .....	241

## Prólogo

«**T**ENÍAS una pastilla de cianuro. Si pasaba el peligro, la escupías. Si no, la tragabas». El titular saltaba a los ojos y obligaba a leer la entrevista de arriba abajo, sin saltarse una línea.

Marina Vega, en el 2008, respondía así a las múltiples preguntas que le hacía Natalia Junquera, periodista de *El País*, quien, tras muchas averiguaciones, había conseguido localizar a una mujer de vida apasionante que, sin embargo, era una perfecta desconocida para los españoles. Suele ocurrir con las mujeres, también con los hombres, que se dedican a la procelosa actividad del espionaje, sobre la que existe mucha literatura y fantasía, con biografías exageradas y casos hinchados para provocar más morbo. Sin embargo, la mayoría de quienes han prestado un servicio inconmensurable a su país lo han mantenido en secreto.

Marina es uno de esos casos que no se han conocido hasta muchos años después de que haya enterrado incluso parte de sus recuerdos. Pero su memoria le ha dejado recuperar algunos de ellos, lo cual ha permitido conocer los episodios que ha protagonizado sin que otras personas contaminen los hechos. La mejor

historia es la que cuentan sus propios protagonistas porque nadie como ellos para describir el clima, los sentimientos, las peculiaridades de los momentos que les tocaron vivir. Es la razón de que los investigadores se dejen los ojos descifrando legajos, cartas mal redactadas, retazos de manuscritos.

Pocos saben que hubo españoles colaborando con los miembros de la Resistencia francesa que se jugaron la vida y trataron de pasar información sobre los movimientos de los alemanes que ocupaban su país. Entre esos españoles había al menos una mujer, Marina, que sentía una profunda animadversión hacia Franco y arriesgó su vida para poner en contacto entre sí a miembros de la Resistencia al mismo tiempo que se ocupaba de guiar a quienes necesitaban cruzar la frontera para salvarse a sí mismos o a otros compañeros.

No hay muchas Marina Vega en el ámbito del espionaje, pero sí hay más mujeres que, como ella, asumieron que no podían cruzarse de brazos mientras el mundo caía devastado ante sus ojos en la Primera o la Segunda Guerra Mundial, o mientras España sufría una cruenta guerra civil de gravísimas consecuencias.

Cada vez que se cuentan historias sobre mujeres que se adentraron en el peligrosísimo e inquietante mundo del espionaje aparecen con un retrato casi idéntico: atractivas, utilizaban su físico para entrar en los círculos más exquisitos e influyentes dentro del poder. Actrices o cantantes que no despertaban sospechas, o patriotas que no dudaban en convertirse en amantes de hombres importantes a los que sacaban información con artes consideradas femeninas. Algunas de ellas fueron muy conocidas, pero la mayoría de las espías tenían un perfil como el de Marina: pasaban inadvertidas, no querían destacar en nada y preferían mantenerse en un segundo plano para moverse sin llamar la atención. Cuidaban que su físico fuera anodino y estaban preparadas, o se habían preparado

ellas mismas, para responder con inteligencia si se producían situaciones en las que podían ser descubiertas. En muchas de ellas su principal salvoconducto fue la intuición, un sexto sentido que se adjudica siempre a las mujeres y que en los asuntos de espionaje, efectivamente, sirvió en muchos casos para desconfiar de quien no merecía confianza o, por el contrario, revelar todos los secretos a aquel o aquella que, intuían, sabrían valorarlos o trasladarlos a la persona que daría buena cuenta de la información.

Muchas de esas mujeres nunca verán su nombre en un cuadro de honor; otras lo vieron cuando su propia personalidad y trayectoria les llevó a escribir su biografía y revelaron informaciones que habían guardado precisamente porque durante mucho tiempo se habían entrenado para preservar el anonimato, y, cuando ya no era necesario, el pudor les impedía contar lo que habían hecho en los tiempos en los que a su alrededor se rompía el mundo, su mundo.

Entre esas mujeres que habían buscado el anonimato en sus años jóvenes se encuentra Audrey Hepburn, quien, según cuenta en sus memorias, cuando tenía quince años colaboró con la Resistencia holandesa bailando —era estudiante de ballet— en locales donde podía conseguir información sobre los alemanes.

Hija de inglés y holandesa, vivió entre Bélgica y Holanda tras el divorcio de sus padres, y fue en este último país donde colaboró con la Resistencia.

No hay más pruebas que su propia confesión, pero la opinión más generalizada es que la mentira o la invención interesada están muy alejadas de la personalidad que desarrolló la cotizadísima actriz a lo largo de su carrera, y por tanto dan credibilidad a su autobiografía en la que, por otra parte, narra lo que hizo en aquella época como si cualquiera en su lugar hubiera hecho lo mismo por su país. Como si diera por hecho que, ante la invasión de los alemanes, cualquier ciudadano holandés estaba obli-

gado a defender los intereses de su patria con los medios que tenía a su alcance. El suyo era el baile, así que no dudó en aprovechar sus conocimientos para introducirse en lugares frecuentados por alemanes y tratar de entablar conversación y ver la manera de conseguir algún dato que pudiera ser relevante para los militares holandeses.

No es la única mujer con proyección pública que ha insinuado, o más que insinuado, que en su biografía hay que incluir episodios de espionaje. La mayoría de las mujeres que tuvieron un papel de relevancia se han llevado o se llevarán el secreto a la tumba, porque si fueron espías, no colaboradoras circunstanciales, recibieron una formación previa y fueron instruidas para no contar nunca que trabajaron para servicios de inteligencia. O para contar solo al cabo de mucho tiempo, sin comprometer a nadie que hubiera conocido durante su trabajo y, por supuesto, sin desvelar datos que pudieran poner en riesgo futuras operaciones o incluso la seguridad de su país.

La historia, ayudada por la literatura y el cine, está plagada de heroicos espías que se dejaron la piel en las dos guerras mundiales y en la llamada guerra fría que sostuvieron Estados Unidos, y otros países occidentales, contra la Unión Soviética. Hombres, siempre hombres. Las mujeres eran tan escasas que se convertían en la excepción que confirmaba la regla.

Los espías arriesgaban su vida al buscar información en el bando enemigo y, tarea de máximo riesgo, hacerla llegar después a sus superiores con unos medios precarios, fáciles de detectar. Los sistemas de comunicación durante las dos guerras mundiales estaban muy lejos de sofisticaciones, así operar a través de la radio para pasar información secreta a los superiores era una aventura cotidiana en la que cayeron algunos de los mejores profesionales del espionaje, detectados por potentes antenas que no tenían más objetivo que

recorrer ciudades y vastos territorios tratando de localizar señales sospechosas.

Hoy, el espionaje se centra en el mundo de las comunicaciones en internet y los distintos sistemas de redes, y todos los servicios de información e inteligencia tienen recursos tecnológicos con expertos capaces de emprender trabajos que jamás se pudo pensar que tuvieran que realizarse algún día, pues nadie podía ni sospechar los avances que iban a producirse con el transcurso de los años. Avances inimaginables que dejaron cortos a lo que a finales de los sesenta se consideró el no va más de la tecnología: llevar a tres hombres a la Luna y que el mundo entero pudiera verlo en directo en su casa a través de la televisión.

Si las nuevas tecnologías cambiaron la forma de trabajar de los encargados de garantizar la seguridad de su país, la incorporación de la mujer a los servicios de inteligencia fue un revulsivo social.

En España llegó más pronto que en algunos países de nuestro entorno, gracias al empeño del general Emilio Alonso Manglano, que acumulaba otras muchas características no habituales en el mundo de la información cuando dirigió el CESID, luego CNI, pero sobre todo una que provocó toda clase de reservas en el sector militar más conservador: no era general sino teniente coronel. El recelo fue grande en la familia militar, que acababa de sufrir un trauma profundo: la intentona golpista del 23-F de 1981. Precisamente el papel de Manglano al frente de la Bripac, la Brigada Paracaidista con sede en Alcalá de Henares, hizo pensar a Su Majestad el rey don Juan Carlos que allí se encontraba un hombre inequívocamente situado contra el golpismo y defensor a ultranza de la democracia y el Estado de Derecho.

En aquellos momentos iniciales en los que un porcentaje alto de militares simpatizaba con los golpistas, la llegada de Manglano



a la dirección del CESID se recibió con importantes reticencias, a las que se sumaron la ya mencionada de que era teniente coronel —fue ascendido poco después, y en 1987 ya era teniente general— y que tenía una proyección internacional que no era habitual entre los jefes militares de su época.

A él se debe la incorporación de la mujer al CESID en igualdad de condiciones que los hombres. A él se debe que aquel mundo de hombres—espías rodeados de secretismo, aventura y admiración abriera sus puertas a que también pudiera haber mujeres—espías rodeadas de secretismo, aventura y admiración. Sin embargo, esas mujeres son poco conocidas, aunque con el paso del tiempo los españoles se han hecho a la idea de que han llegado a toda clase de trabajos y a todos los niveles, incluidos los servicios de inteligencia.

Lo comprendieron cuando fue elegida la primera secretaria general, María Dolores Vilanova, a la que siguieron sucesivas secretarías generales, siempre mujeres, como si fuera una ley, no escrita, que la segunda plaza en importancia de los servicios de información tenía que ser ocupada por una mujer. De todos modos, apenas se sabe que son centenares las mujeres que garantizan que España sea un país seguro: tienen un papel fundamental en la lucha contra el terrorismo, contra las mafias, contra los espías extranjeros, contra los espías industriales y contra todos aquellos que pretenden desestabilizar el país.

Mujeres que colaboran en igualdad con los servicios extranjeros, con una formación técnica y profesional que solo se suponía a los hombres que componían lo que era un mundo solo de hombres, y que han demostrado que la conciliación es posible aunque, en su caso, mucho más difícil que la que sufren otras mujeres trabajadoras para quienes siempre es muy difícil la conciliación. Con un agravante: no pueden manejar determinadas excusas porque

ni siquiera sus familiares más cercanos saben cuál es exactamente su trabajo.

Fue la directora de La Esfera de los Libros, Ymelda Navajo, la que quiso publicar un libro sobre esas mujeres cuando leyó una entrevista con la exsecretaria general Beatriz Méndez de Vigo. Esta, tras varios años en ese cargo, decidió regresar a la actividad sobre el terreno y pidió a su director y secretario de Estado, el general Félix Sanz Roldán, un destino en el extranjero. Hoy cumple tareas de información e inteligencia en uno de los países más apasionantes del mundo, China.

La tarea de escribir sobre las mujeres del CESID y CNI era imposible sin la autorización previa de la dirección del Centro. Cualquiera que conozca cómo funciona sabe que ninguno de sus miembros con sentido de responsabilidad, espíritu de servicio y lealtad a los principios que se le han inculcado, desde el mismo momento en que ingresó en el Centro, puede entrevistarse con un periodista para explicarle cómo es su vida profesional y las operaciones en las que ha intervenido.

Pedí ayuda a la dirección del CNI. Necesitaba entrevistar a mujeres que conocieran desde dentro la lucha contra el terrorismo de ETA y el yihadismo, que hubieran participado en operaciones de riesgo, que trabajaran en países lejanos informativamente importantes y también en el contraespionaje. Prometí respetar las reglas que pudieran exigirme para garantizar que no pondría en riesgo su trabajo, desde el nombre hasta cambiar las localizaciones para que no fueran identificadas.

A los pocos días tenía cita no solo con mujeres adscritas a los sectores que había pedido, sino también con hombres que compartían trabajo con ellas, que habían sido jefes de mujeres y subordinados de ellas, así como profesores. Y, para mi sorpresa, incluyeron mujeres responsables de departamentos técnicos y que

habían participado en delicadas y arriesgadas operaciones aportando sus conocimientos profesionales. Sorpresa pues desconocía que hubiera mujeres en dichas tareas, como desconocía que una mujer era la principal especialista en mafias rusas, o que una mujer asistía a reuniones internacionales representando a los servicios españoles, o que una mujer utilizaba a sus compañeros para poner a prueba si eran capaces de detectar sus artilugios de grabación...

No tengo más que palabras de agradecimiento para todos aquellos que me han contado sus experiencias. Para las secretarías generales con las que pude entrevistarme, para el teniente general Sanz Roldán y también para anteriores directores del CNI que tuve ocasión de conocer en tiempos pasados y que siempre me brindaron su confianza: a Javier Calderón, Jorge Dezcallar, Félix Miranda, Jesús del Olmo... y al teniente general Alonso Manglano, allá donde esté.

Quiero dedicar unas líneas especiales a Emilio Alonso Manglano. Como periodista con más de cuarenta años de experiencia, el general Manglano ha sido una de las personas que más me ha impresionado, por su cercanía, su amistad, su lealtad.

El general Manglano no salió del CESID por la puerta grande, sino que fue víctima de un jefe de operaciones, el coronel Perote, que traicionó al Centro y a sus valores y provocó una crisis institucional que costó el cargo al director del CESID y también al vicepresidente Narcis Serra y al ministro de Defensa Julián García Vargas. Perote logró el apoyo de un grupo de periodistas que le «compraron» su versión, en la que aparecía como un héroe. Sin embargo no hay miembro del CESID y CNI que no conozca qué hizo, por qué y a quién servía. Que no era Manglano, evidentemente.

Manglano fue injustamente tratado por confiar en quien nadie nunca debería haber confiado y que cercenó la carrera de un

hombre excepcional. La historia le hará justicia. De momento, se la hacen sus compañeros del CNI, donde su nombre se pronuncia con admiración, afecto y profundo respeto.

Por último, aunque de todos los nombrados fue el primero con experiencia en el mundo de los servicios de información, mi agradecimiento al general Andrés Casinello, que conoció como nadie las entrañas de los servicios militares en los años del franquismo y que no siempre fue bien comprendido por sus superiores, con los que llegó a tener fuertes encononazos. Sin embargo, consiguió la confianza de uno de los grandes protagonistas de la Transición, el presidente Adolfo Suárez, que sí reconoció en Casinello los méritos que otros le habían negado.



# 1

## Las pioneras

**E**L 16 de mayo de 1983, una breve información publicada en el periódico *El País* pasó inadvertida para la mayoría de sus lectores, sin embargo, suponía todo un acontecimiento en la lucha de la mujer por la igualdad, por conseguir la misma consideración personal y profesional que un hombre. Como ocurre con frecuencia, se da más relevancia a las noticias que concierne a alguien concreto, con cara y ojos, con nombre y apellidos, que las que desencadenan un cambio social que afecta a millones de personas, que dan un vuelco a las estructuras establecidas durante siglos.

Decía *El País*: «El Centro Superior de Información de la Defensa (CESID) contará en breve con mujeres integradas en misiones de inteligencia o contrainteligencia, según han señalado altos cargos militares. En la actualidad, hay algunas mujeres trabajando en el CESID, pero solo en labores burocráticas y administrativas. De acuerdo con las fuentes informantes, las mujeres que se incorporen al CESID no solo serán procedentes de los grupos ya integrados o que puedan integrarse en las Fuerzas Armadas, sino

también personas que no guarden relación directa con los Ejércitos. El año pasado, y por una orden de Presidencia del Gobierno, se ampliaron las posibilidades de incorporación de paisanos al CESID.

»En algunos casos, siempre según las fuentes informantes, mujeres incorporadas a los servicios de inteligencia desarrollarán labores de información en países extranjeros».

Lo iban a hacer en un plano hasta entonces patrimonio exclusivo de los hombres: la defensa. Y dentro de la defensa, en una de sus peculiaridades más atractivas: la inteligencia. Todavía pasarían años, hasta 1988, para que las Fuerzas Armadas se abrieran a las mujeres.

Un real decreto ley de ese año regulaba la incorporación de las mujeres a las Fuerzas Armadas en determinados cuerpos y escalas, y en 1989 una nueva ley regulaba que el sistema de acceso fuera igual para hombres y mujeres, aunque siempre en los cuerpos y escalas abiertos para ellas. Hasta 1992 no se aprobó el real decreto que daba paso a las mujeres a todos los destinos excepto operaciones especiales, unidades operativas de la Legión, dotaciones de submarinos, paracaidistas y fuerzas de desembarco.

La igualdad plena llegó con un nuevo real decreto de 1999, que abría la puerta a la incorporación de hombres y mujeres a todos los cuerpos, hasta el punto de que se regulaba el destino que podían pedir las mujeres durante el embarazo o después del parto.

Los servicios de inteligencia españoles fueron, por tanto, pioneros en abrir paso a las mujeres en un mundo de hombres, pero la noticia pasó sin pena ni gloria, aunque corrió de mano en mano entre los hombres de Emilio Alonso Manglano, que desde hacía meses habían comprendido que el nuevo director del CESID tenía como prioridad multiplicar la potencialidad del Centro a través de todos los medios posibles.

Desde el primer día había transmitido al rey, al presidente Calvo Sotelo y a sus respectivos equipos que iba a pelear por te-

ner mayor presupuesto, más fondos reservados para utilizar en el desempeño de misiones a cargo de los miembros del servicio más eficaces, y para remunerar a quienes podían ofrecer información en cualquier lugar del mundo. Pretendía ampliar significativamente la plantilla con personal no solo militar e iba a luchar con el Ministerio de Hacienda para que aprobara la creación de una gran sede con capacidad de acoger a un auténtico centro de información similar a los que existían en los países más avanzados.

Para ello, el todavía coronel Alonso Manglano quería contar con la tecnología más avanzada, con los mejores profesionales procedentes de los sectores que hasta entonces no habían sido «tocados» por los captadores de aquellos que podían servir para trabajar en una institución cuyo objetivo era garantizar la seguridad de España..., y quería incorporar mujeres al Centro.

Manglano, que se movía bien en el escenario internacional y conocía perfectamente los cambios sociales que se producían en el mundo, no podía entender que el CESID tuviera sus puertas cerradas a las mujeres. Las pocas que trabajaban en el Centro lo hacían en tareas administrativas y procedían en su casi totalidad de familias militares. Creía Manglano que algunas de ellas podían realizar trabajos propios del campo de la *intelligenza* y de la información, y estaba convencido de que también varias de ellas, y desde luego las mujeres que se incorporaran en el futuro, podrían ser adscritas a operaciones, siempre que se pudiera poner en marcha un servicio de información e inteligencia como pretendía que fuera el CESID.

La decisión estaba tomada, y para satisfacción de Manglano había sido no solo aceptada sino bien recibida por las personas ante las que rendía cuentas, el rey y el presidente del Gobierno. Hacía falta ponerse a trabajar empezando por definir, en primer lugar, el perfil de las mujeres que se necesitaban en el CESID; dónde



se podrían encontrar, cómo acceder a ellas sin que sospechasen al principio cuál era el trabajo que se les ofrecía, ya que cualquier indiscreción por su parte ponía en riesgo no solamente su captación sino la de otras mujeres a quienes podía llegar la información de que el CESID tanteaba a profesionales para ver si estaban capacitadas para realizar un trabajo que exigía dedicación plena.

Manglano quería evitar a toda costa una avalancha de mujeres que llamaran a la puerta tomando el trabajo de la información y la seguridad como una aventura. Pretendía actuar con la máxima prudencia y, al menos en los momentos iniciales, confiaba más en el criterio de quienes sabían dónde buscar y captar a posibles miembros del CESID, que en anunciar a bombo y platillo el reclutamiento de mujeres y provocar una marea humana de difícil control. También los hombres que formaban parte del CESID eran seleccionados con cuidado, propuestos siempre por personas de su entorno que trabajaban en los servicios de información.

Por otra parte, a Manglano le preocupaba que las mujeres se sintieran obligadas a explicar a sus familiares el tipo de trabajo que realizaban para justificar así sus ausencias y la disposición plena, lo que en aquellos momentos no sucedía con los hombres. La mayoría de ellos eran militares, sus mujeres no trabajaban fuera de casa y estaban habituadas a que sus maridos tuvieran que ausentarse para realizar misiones que podían prolongarse durante días o semanas, sin necesidad de responder a muchas preguntas sobre su destino, cuándo regresarían o qué tipo de misión tenían que cumplir. Cuestiones de trabajo sobre las que sus mujeres sabían que no debían indagar. Era difícil, sin embargo, en la década de los ochenta que una madre de familia pudiera moverse con tanta libertad sin decir a su marido qué iba a hacer, dónde y con quién y cuándo regresaría. O, sin ser madre de familia, lo habitual para una mujer entonces era informar sobre sus pasos a sus padres o a su pareja.

Todo eso lo conocía bien Alonso Manglano. Era la razón de que, de la misma manera que había apostado con firmeza por abrir las puertas del CESID a las mujeres, quería hacerlo con la suficiente sensatez como para asegurarse de que la iniciativa no fuera un fiasco por empeñarse en aplicarla con excesiva celeridad y sin tomar las necesarias medidas de cautela.

Por último, era fundamental que los captadores se aseguraran de que las mujeres que tantearan como posibles miembros del CESID cumplieran con los requisitos necesarios, entre ellos uno prioritario: convencerlas de que, a pesar de que se les ofrecía un trabajo apasionante, un servicio fundamental a su país, y que se les abrían posibilidades infinitas para desarrollar sus mejores capacidades y ampliar su formación mucho más allá de lo que habrían pensado nunca, no se trataba de un trabajo cómodo y además no podían dar cuenta de él a sus allegados.

Lo único que se les podría permitir era que explicasen que trabajaban para Defensa, como si tuvieran una mesa de despacho en algunas de las sedes del ministerio o de los Ejércitos, de manera que nadie considerase excesivamente interesante, y mucho menos morboso, su nuevo trabajo. Y, por supuesto, había que poner en marcha un equipo de preparación de las mujeres a las que se pretendía incorporar al Centro, con una metodología idéntica a la utilizada para preparar a los hombres, pero teniendo en cuenta las peculiaridades físicas de la mujer. E incidiendo en algo no habitual en la familia militar de entonces: que ya que se darían casos de hombres y mujeres que deberían trabajar juntos al convertirse en miembros del CESID, a partir de la aprobación del real decreto tenían que aprender todos, absolutamente todos, hombres y mujeres, a considerar normal esa convivencia; compartir responsabilidades, formar parte de un equipo sumando esfuerzos y aportando cada uno de ellos, y de ellas, sus particularidades para ejercer su función.

Todas aquellas primeras mujeres del CESID que se sumaron a los servicios pasaron por una selección previa superando unas pruebas y un posterior periodo de formación muy especializado, diseñado por expertos nacionales y extranjeros que conocían sobradamente los riesgos de equivocarse. Pruebas, todo hay que decirlo, similares a las que habían pasado sus compañeros varones con anterioridad.

En dicha selección de nuevos miembros del CESID y de las pruebas a las que serían sometidos se detectarían las debilidades que determinarían si estaban capacitados o no para formar parte de unos servicios nacionales de inteligencia.

Sin embargo, mucho antes de los tiempos de Manglano, mucho antes de que se elaborara un proceso de selección para formar parte del CESID y mucho antes de que las mujeres alcanzaran cargos de la máxima responsabilidad en los servicios españoles, ya hubo varias que forman parte de la historia del espionaje español. Ellas son las auténticas pioneras, aunque su nombre no figura en los archivos del SECED, el CESID ni el CNI.

Marina Vega de la Iglesia es una de ellas. Nació en Torrelavega, Cantabria, en el peor momento, en la convulsa España de 1923, con la dictadura de Primo de Rivera. Así que vivió el desencanto generalizado, el desprestigio creciente de la monarquía de Alfonso XIII, su huida a Italia en 1931, la República y el golpe de Estado de Franco que provocó una guerra civil y un nuevo Gobierno dictatorial que se prolongó durante casi cuarenta años.

Marina, hija de un director de prisiones de la República y de una mujer funcionaria del Gobierno republicano, vio cómo su mundo se desmoronaba con el franquismo. Su padre fue acusado de masón, condenado a dieciséis años de prisión y enviado a un penal de Cádiz. Su madre vivía escondida, en la clandestinidad, por miedo a sufrir represalias que afectaran a su hija. Finalmente, la

envió a París, a casa de unos amigos, pero con la Segunda Guerra Mundial los amigos dejaron Francia, que ya no era un país seguro, y Marina regresó a España y localizó a sus padres en Madrid. Con diecisiete años de edad, volvía a empezar de cero.

En un viaje con unos amigos a León conoció a un diplomático francés que quedó impresionado por la personalidad y la fortaleza de aquella joven que había superado tantas adversidades. Era mujer, muy atractiva, hablaba perfectamente francés, no estaba fichada por la Policía española y podía moverse por toda España. Por su estancia en París también podía viajar a Francia sin levantar sospechas.

Tanteó a Marina sobre la posibilidad de que colaborase con las autoridades francesas y con los aliados en aquellos años de neutralidad de España en una Europa en guerra, años en los que tanto España como Portugal eran nido de espías que intercambiaban información sensible que podía cambiar el curso de la guerra.

Marina no dudó y, a pesar de su juventud y falta de experiencia, se encontró trabajando para la red española de las Fuerzas Francesas Libres.

Al principio sus misiones no eran muy arriesgadas, habitualmente ayudaba a introducir gente de forma clandestina en España a través de la frontera francesa y ejercía de «correo» entre los dos países, llevando documentos y dinero a las direcciones que le indicaban sus compañeros de las FFL.

En la entrevista que concedió a *El País* en el año 2008 describía con naturalidad su tarea. De la lectura se desprende que no era Marina una mujer a la que gustara poner el acento en los peligros que había corrido cuando trabajaba como espía. Desde la madurez, tenía más de ochenta años cuando recibió al periodista, su capacidad de desdramatizar las situaciones era sorprendente: «Iba a la frontera con Francia, recogía los sobres y me los ataba a

la espalda con una faja. Por supuesto, nunca los abrí, pero supongo que llevarían dinero o cartas». Entre 1942 y 1944 hacía dos viajes por semana a Francia. «No sé a cuánta gente pude haberme traído. Deduzco que serían judíos franceses que huían de los nazis. También algún inglés».

No lo sabe con exactitud porque nunca intercambió palabra alguna con aquellas personas. «Además de la documentación falsa, yo llevaba siempre una carta falsa que decía que autorizaba a la señorita Marina Vega a acompañar al señor fulanito, sordomudo, en el viaje a Madrid para que, si nos paraban, no tuviera que hablar con su acento francés. Siempre viajábamos en primera. La mejor forma para que no te pregunten nada es ir bien vestido y aparentar tener dinero. Después, aquí en Madrid, teníamos casas de amigos donde les acogían, un médico que les atendía y un sastre que les hacía ropa».

Descubierta por el contraespionaje español, la Segunda Bis, tuvo que huir a Francia: «Esperamos unos tres meses en San Sebastián hasta que uno de los contrabandistas que teníamos a nuestro servicio vino a buscarnos. Cruzamos el Bidasoa el 19 de septiembre de 1944 con el agua por aquí», recordó señalándose el pecho. «Como único equipaje: un cartón de tabaco y una docena de manzanas. ¡Qué bien nos vinieron para los días que pasamos en el monte!».

En Francia siguió colaborando con los servicios de información hasta el fin de la guerra, empezó entonces la búsqueda de nazis por toda Europa, Francia incluida. Un país que había sufrido una larga y dolorosa ocupación alemana y contaba con casi trescientos mil soldados muertos en la contienda, además de docenas de miles de civiles. Marina, como otras personas que habían trabajado en espionaje, tuvo como encargo de los servicios franceses la localización de nazis y de colaboracionistas con estos, para llevarlos

ante la justicia. «Si te cogían los nazis, tenías una pastilla de cianuro en el bolsillo. La metías en la boca; si pasaba el peligro, la escupías; si veías que estaban a punto de hacerte hablar, la tragabas. Es una muerte automática. Tuve compañeros que lo hicieron. Otro se mató en una celda dándose cabezazos contra la pared. Debió de ser horrible, porque la celda era muy pequeña. No podía coger carrerilla».

Le han quedado algunas «secuelas» de su trabajo: «Nunca me siento de espaldas a una puerta. En los hoteles, sigo pidiendo habitación en el primer piso por si tuviera que escapar por la ventana, y al entrar en una casa siempre miro dónde están los interruptores por si hay que apagar rápidamente las luces». Nunca tuvo que usar las dos armas que llevaba siempre encima: una pistola del calibre 6,35 y otra de 7,65.

El peor momento de su vida fue el regreso a la España franquista en 1950, cuando dieron por finalizados sus servicios: «Mi misión había terminado y mi madre seguía aquí. En aquellos momentos no existía la palabra depresión, pero yo debí coger una. El cambio fue espantoso. En Francia, al día siguiente de que terminara la guerra ya había de todo. ¡Y aquí, en el cincuenta, seguían con las cartillas de racionamiento!».

Otra de las pioneras en el espionaje fue África de las Heras, y, como Marina, parte de su vida la pasó en Francia, en el París de la posguerra en el que vivían exiliados miles de españoles republicanos. Su vida es tan convulsa y tan apasionante, tanto en el plano del espionaje como en el personal, que existen contradicciones entre sus biógrafos, e incluso alguno de ellos admite abiertamente que la propia África ha podido inventar episodios, bien por precaución para difuminar la realidad, bien porque se había habituado a hacer de la mentira una forma habitual de expresarse para no dar pistas sobre cuál era su auténtica tarea vital. De hecho, no es seguro que

se llamara África, en distintos momentos de su vida utilizó alias, cosa habitual entre quienes se dedican al «oficio» del espionaje, y en su propia autobiografía se encuentran contradicciones sobre las diferentes etapas de su vida, dónde y cuándo estuvo haciendo su trabajo.

Era agente del NKVD, siglas del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos de Rusia y, después, agente del KGB, la agencia secreta de inteligencia creada por los soviéticos en 1954, responsable de la seguridad nacional y con fuerte intervencionismo en el escenario internacional.

África pasó a la historia de los servicios soviéticos por su relación con Trotsky, en los tiempos en que se había convertido en el enemigo público para Stalin después de haber sido uno de los impulsores de la Revolución rusa contra el zarismo. Las diferencias ideológicas y de estrategia separaron a los dos dirigentes, que se odiaban, y la infiltración de África de las Heras en el círculo trotskista es posible que sirviera para pasar información relevante sobre el revolucionario caído en desgracia, asesinado en 1940 en Méjico por un español, Ramón Mercader, precisamente agente de la NKVD.

África pasó a la historia por esa relación con Trotsky, pero esa relación hoy ya se pone en cuestión. Dos periodistas, Pablo Esparza y Javier Suárez, han investigado sobre esta mujer prácticamente desconocida en España que sin embargo merecería más guiones cinematográficos y libros que la famosísima Mata Hari.

Firmaba sus informes a Moscú con el nombre de Patria y, en el cementerio Khovanskoye de Moscú, su rostro está grabado en la lápida que cubre su tumba, lápida en la que figura esa palabra en español, Patria. Y a continuación, «coronel África de las Heras, 1909-1988».

Nació en Melilla, está comprobado, como también hay datos que confirman que, muy joven, se casó con un oficial de la

Legión. Durante la Segunda República entró en contacto con grupos socialistas, que mantuvo cuando se fue a Barcelona al producirse el golpe de Estado franquista. Parece —todo en la vida de África de las Heras está plagado de «parece»— que fue en esta ciudad donde conoció a Caridad Mercader, la madre de Ramón, mujer considerada de una radicalidad visceral pro estalinista y a la que hacen responsable fundamental del asesinato de Trotsky a manos de su hijo. Fue Caridad —parece— la que puso a África en relación con los servicios de inteligencia de la Unión Soviética. En su autobiografía, África cuenta que empezó a trabajar para los soviéticos en 1937.

Trabajó para la Unión Soviética durante cincuenta años, tanto en Moscú como en diversos países europeos —sobre todo Francia, Alemania, España y Noruega— y, después, en América. Nunca perdió la nacionalidad española, aunque también tuvo la soviética y la uruguaya. Llegó a ser coronel de los servicios de inteligencia soviéticos y fue condecorada en varias ocasiones por el papel en operaciones de éxito que sus superiores consideraron que merecían ser premiadas.

A pesar de que hay quien asegura que consiguió introducirse en el entorno de Trotsky en Moscú y se trasladó a Méjico cuando el político huyó a ese país porque Stalin pretendía deshacerse físicamente de él, no existe ningún documento que confirme que África en efecto formara parte del círculo de Trotsky, en Moscú primero y en Méjico después. Ni siquiera que lo conociera, aunque sí hay pruebas que avalan que pasó información importante a la KGB sobre los movimientos de Trotsky, siempre a través de la radio, un recurso que utilizaba con gran eficacia y cuya técnica conocía como el mejor de los expertos. En su época fue, probablemente, la mejor operadora de radio que tuvieron los servicios soviéticos.



Trabajó para esos servicios en España, en los tiempos en los que el conocidísimo Alexander Orlov dirigía los servicios de inteligencia e información de Stalin en nuestro país. Una vez más aparecen las dudas: no hay constancia de que África trabajara para Orlov, aunque sí se conocen los documentos que enviaba a Moscú sobre la situación española.

En el cuarenta y dos, en plena guerra mundial, fue enviada a Alemania, lanzada desde un avión ruso en paracaídas con una pistola, un cuchillo, una navaja y dos granadas. Según contaba ella misma, sus instrucciones eran utilizar las granadas para destruir su radio y el libro de cifrado en caso de ser localizada; la pistola y el puñal, para tratar de matar al enemigo o, si no podía, para suicidarse.

Estuvo en Alemania durante dos años, luego fue reclamada en París, y, en el cuarenta y siete, la destinaron a los servicios de información en Europa y se instaló en la capital francesa.

Se trataba de una mujer que llamaba la atención por su belleza, sin complejo de utilizarla para seducir a posibles fuentes. En París se hizo pasar por una refugiada española que huía de las represiones del franquismo. Se autollamó María Luisa de las Heras. Allí conoció a un escritor uruguayo, Felisberto Hernández, con quien se casó, lo que permitió a la espía entrar sin problemas en Uruguay, un país que interesaba a Moscú por su situación geoestratégica y económica. Desde Montevideo, África montó la red de espionaje de la Unión Soviética en Latinoamérica.

Se divorció de Felisberto a los pocos años, y este jamás conoció la auténtica actividad de su mujer; siempre pensó que era una española exiliada en Francia que se ganaba la vida allí como modista. Consiguió la nacionalidad uruguaya y, ya viuda, mantuvo la red desde Montevideo, comunicándose con Madrid y con los agentes repartidos por el continente a través de la radio, que seguía

manejando a la perfección, pues se había preocupado por estar al tanto de los cambios tecnológicos.

A finales de los años cincuenta el KGB mandó un nuevo jefe a la zona, Valentín Marchetti, aunque parece que su verdadero nombre era Giovanni Antonio Bertoni, un italiano que había huido a la Unión Soviética en 1925 y regresó en el cuarenta y cuatro para montar la red de espionaje soviético en su país de origen. De vida tan complicada como África, se casaron y, como era previsible en dos personajes de tal trayectoria y carácter, su matrimonio fue tumultuoso. Las broncas eran a gritos, y las discrepancias personales e ideológicas, públicas. Cuando Marchetti murió pocos años después sin estar previamente enfermo, incluso se produjo una investigación policial, porque sus conocidos y vecinos estaban convencidos de que África lo había asesinado. A pesar de todo, no se encontraron pruebas de que lo hubiera hecho.

A partir de entonces, la vida de África fue menos intensa tanto en el plano personal como profesional. Regresó a Moscú, realizó viajes frecuentes para controlar el trabajo de los miembros de los servicios en las zonas más tensas, y finalmente se convirtió en instructora del KGB, encargada de formar a los nuevos miembros cuando eran aceptados o conminados a integrarse en la poderosa organización.

África de las Heras ha sido un nombre al que se reconocen importantes méritos en la historia de los servicios secretos soviéticos, y con toda seguridad se sentía soviética no solo por ideología sino también de corazón; en caso contrario, no se entendería su dedicación a un trabajo tan delicado y peligroso como el que realizó. Pero nunca perdió su nacionalidad española, de hecho ella se presentaba siempre como española en su deambular por el mundo.